

CAPÍTULO PRIMERO

La novela. — Dickens.

§ 1.º—EL ESCRITOR

Conexión de las diversas partes de cada talento.—Importancia de la manera de imaginar.

I. Lucidez é intensidad de la imaginación de Dickens.—Audacia y vehemencia de su fantasía.—Cómo anima los objetos inanimados.—En qué linda su concepción con la visión.—En qué raya en monomanía.—Cómo pinta los alucinados y los locos.

A qué objetos aplica su entusiasmo.—Sus trivialidades y minuciosidad.—En qué se asemeja á los pintores de su país.—En qué difiere de Jorge Sand.—*Miss Ruth* y *Genoveva*.—*Un viaje en diligencia*.

II. Vehemencia de las emociones que debe producir este género de imaginación.—Su aspecto patético.—El obrero Esteban.—Su aspecto cómico.—Por qué llega á la bufonada y á la caricatura.—Transporte y exageración nerviosa de su alegría.

§ 2.º—EL PÚBLICO

La novela inglesa está obligada á ser moral.—Cómo modifica esa exigencia la idea del amor.—Comparación del amor en Jorge Sand y en Dickens.—Pinturas de la doncella y de la esposa.

Cómo modifica esa exigencia la idea de la pasión.—Comparación de las pasiones en Balzac y en Dickens.

Inconvenientes de ese pie forzado.—Cómo sustituyen á los per-

sonajes naturales las máscaras cómicas ú odiosas.—Comparación de Pecksniff y de Tartufo.—Por qué en Dickens la acción carece de conjunto.

§ 3.º—LOS PERSONAJES

Dos clases de personajes.—Los caracteres naturales é instintivos.—Los caracteres artificiales y positivos.—Preferencia de Dickens por los primeros.—Aversión de Dickens por los segundos.

I. El hipócrita.—Mr. Pecksniff.—En qué es inglés.—Comparación de Pecksniff y de Tartufo.—El hombre positivo.—Mr. Gradgrind.—El orgulloso.—Mr. Dombey.—En qué son ingleses esos personajes.

II. Los niños.—Faltan en la literatura francesa.—*Joas* y *David Copperfield*.—La gente del pueblo.

III. El hombre ideal según Dickens.—Cómo corresponde esa concepción á una necesidad pública.—Oposición de la cultura y de la naturaleza en Inglaterra.—Reacción de la sensibilidad y del instinto oprimido por el convencionalismo y la regla.—Éxito de Dickens.

Si Dickens hubiese muerto (1), se podría hacer su biografía. Al día siguiente del entierro de un hombre célebre, sus amigos y sus enemigos ponen manos á la obra; sus compañeros de colegio cuentan en los periódicos sus travesuras de muchacho; otro recuerda exactamente, y palabra por palabra, las conversaciones que tuvo con él veinticinco años atrás. El agente que corre con los negocios de testamentaria hace una lista de títulos y nombramientos, fechas y cifras, y revela á los lectores positivos la clase de colocaciones de sus fondos y la historia de su fortuna; los sobrinos segundos y los primos

(1) Murió siete años después de la publicación de estas páginas, y Taine no las reformó en las ediciones posteriores á la muerte del gran novelista.—(N. DEL T.)

terceros publican la descripción de sus testimonios de cariño y el catálogo de sus virtudes domésticas. Si no hay ningún genio literario en la familia, se busca un graduado de Oxford, hombre concienzudo, hombre docto, que trata al difunto como á un autor griego, amontona una infinidad de documentos, los sobrecarga con una infinidad de comentarios, corona el todo con una infinidad de disertaciones, y diez años después se presenta por Navidad, con corbata blanca y sonrisa serena, á ofrecer á la familia reunida tres volúmenes en cuarto de á ochocientas páginas, cuyo ligero estilo adormecería á un alemán de Berlín. Todos le abrazan con lágrimas en los ojos; le hacen sentarse; es el más bello ornato de la fiesta, y se envía su obra á la *Revista de Edimburgo*. Esta se estremece á la vista de aquel presente enorme, y destaca á un redactor joven é intrépido, el cual compone con el índice una vida aceptable. Otra ventaja de las biografías póstumas: el difunto no puede desmentir al biógrafo ni al doctor.

Desgraciadamente, Dickens vive aún, y desmiente las biografías que de él se hacen. Y lo peor es que se propone ser su propio biógrafo. Su traductor le pidió un día algunos datos, y respondió que los reservaba para sí. Cierto que *David Copperfield*, su mejor novela, tiene trazas de una confidencia; pero ¿en qué punto acaba la confidencia, y en qué medida adorna la ficción á la verdad? Todo lo que se sabe, ó, más bien, todo lo que se repite, es que Dickens nació en 1812; que es hijo de un taquígrafo; que también él fué taquígrafo en un principio; que ha sido pobre y desgraciado en su juventud, y que sus novelas, publicadas por entregas, le han conquistado una gran fortuna y una inmensa reputación. El lector es dueño de conjeturar lo demás; Dickens se lo dirá un día, cuando

escriba sus memorias. Hasta entonces cierra su puerta, y á la puerta deja á los curiosos que se empeñan en llamar. Está en su derecho. Por ser ilustre no se convierte un hombre en propiedad del público, no está condenado á las confidencias; continúa perteneciéndose; puede reservarse de sí propio lo que estime conveniente reservarse. Si entrega sus obras á los lectores, no les entrega su vida. Contentémenos con lo que Dickens nos ha dado. Cuarenta volúmenes bastan y sobran para conocer bien á un hombre; por otra parte, nos revelan todo lo que importa saber de él. Ese hombre no pertenece á la historia por los accidentes de su vida, sino por su talento, y su talento está en sus libros. El genio se parece á un reloj; tiene su estructura, y un muelle, un gran resorte, entre sus piezas. Buscad ese resorte; haced ver cómo comunica el movimiento á las otras piezas, y seguid ese movimiento, de unas en otras, hasta la manecilla á que conduce. Esa historia interior del genio no depende de la historia exterior del hombre, y bien puede trocarse por ella.

§ 1.º—EL ESCRITOR

La primera pregunta que debemos hacernos sobre un artista es ésta: ¿cómo ve los objetos? ¿Con qué limpidez, con qué nervio, con qué fuerza? La respuesta define de antemano toda su obra; porque á cada línea imagina, y conserva hasta el fin el sesgo que en un principio tomó. La respuesta define de antemano todo su talento; porque la imaginación es la facultad cardinal de un novelista; de ella dependen el arte de componer, el buen gusto, el sentido de la verdad; añadid un grado á su vehemencia, y esa adición trastorna su

estilo, altera los caracteres que produce, rompe los moldes en que se vacía. Considerad la de Dickens, y descubriréis la causa de sus defectos y de sus méritos, de su poder y de sus excesos.

I

Hay en él un pintor, y un pintor inglés. Yo creo que jamás hubo espíritu que se representase con mayor exactitud de pormenores y con mayor energía todas las partes y todos los colores de un cuadro. Leed la siguiente descripción de una borrasca; las imágenes parecen obtenidas por el daguerreotipo á la luz deslumbradora de los relámpagos: «Los ojos, tan rápidos como las explosiones de luz, divisaban á cada relámpago una multitud de objetos que en pleno medio día no hubiesen podido ver en un espacio de tiempo cincuenta veces mayor: campanas en sus campanarios, con la cuerda y la rueda que las movían; nidos destrozados en las cornisas y en los rincones; semblantes aturdidos en los carros entoldados que pasaban, con el ganado espantado, y moviendo un estruendo que ahogaba el estampido del trueno; arados y rastrillos abandonados en los campos; leguas y más leguas de un país dividido en setos, con su lejana franja de árboles tan visible como el espantajo que en el contiguo habar se erguía; en un instante de trémulo y vívido resplandor, todo aparecía claro y distinto; después la luz amarilla se teñía de rojo, pasaba